

LA TARÁNTULA.

SOBRE LA POESÍA EN LA DRAMÁTICA.

ARTÍCULO II.



El poeta dramático escribe ya para el palco escénico, ya tan solo para ser leído. Cuando únicamente se propone este último objeto, cuenta con mas recursos, puede dirigir sus obras por el rumbo que le parezca mas conveniente; porque ó les da el carácter de novelas puestas en accion, de lo que son preciosos modelos las comedias *Florinea*, *Selvaggia*, *Celestina*, *Eufrosina*, la *Dorotea* del gran Lope y otras á este tenor: ó concibe rasguños dramáticos al modo del *Diálogo entre el amor y un viejo*, de Rodrigo Cota; la comedia de *Pretío y Tibaldo* del célebre autor de *Palmerin de Inglaterra* (Luis Hurtado de Toledo); la *Cena*, lindísimo cuento de Baltasar de Alcázar, los romances de Moratin al conde de Floridablanca, á un Ministro, á Geroncio etc., y otras pinceladas de la propia especie: ó ya el poeta atavia sus trabajos con la pompa y galas del verdadero drama, pero sin intencion de que se representen. El primero de estos tres géneros que acabamos de indicar debe indudablemente ensayarse en prosa, como se advierte en los ejemplos referidos: y no podia ser de otro modo, porque esta clase de obras son de grandes dimensiones en lo general, propensas á erudicion demasiada, y á largos discursos de inoportunas doctrinas, prescindiendo de la excesiva duracion de semejantes fábulas. El segundo, como medio entre la lirica y la dramática, debe exclusivamente idearse en metros: y el tercero lo mismo porque es necesario valerse de cuantos resortes estén al alcance del poeta para seducir el ánimo del lector: y hé aquí como el ritmo es de imperiosa necesidad en los dramas que no se escriben decididamente para el teatro.

El poeta dramático se consagra á preparar su obra para el palco escénico. Su posicion entónces es mas grande, mas noble, pero á su vez mas comprometida y arriesgada. Se ve en el caso (á la manera de los pintores que trazan un gran cuadro para cierta determinada altura) de buscar un punto de vista, desde el cual haga todo el efecto apetecible, complete la ilusion y se confunda la obra con la realidad misma. Lucha entónces, no solo con los escollos que ofrece la composicion, sino tambien con mil opuestos elementos, que, aunque pequeños al parecer, pueden descorregir el dibujo, rebajar el nervio

NÚM. 2.º DOMINGO 3 DE ABRIL DE 1842.

y aun amortiguar el espíritu de la composicion. Los deberes, pues, del poeta son en estas circunstancias mas estrechos; tiene que sacrificarlo todo al efecto total del cuadro. ¿Y le es lícito desecher el metro ó la prosa indiferentemente, eligiendo el barniz que el capricho le sugiriese, ó el humor que le dominaba al imaginar su pintura? En ninguna manera. Ya dejamos en el artículo I indicadas las ocasiones en que el ritmo era necesarísimo: fuera de ellas, es, en mi juicio, muy perjudicial. El ahinco de un autor debe ser, constantísimamente, acercarse todo lo posible á la realidad, buscar la mas completa ilusion, rivalizar con la naturaleza. De aquí es que los dramáticos modernos han preferido la prosa para el drama de pasion, que es el que retrata con vivísimos y propios colores los afectos íntimos del corazón humano, y el que se aproxima, como ningun otro, á la verdad. La verdad es que hablamos en prosa y no en verso; la verdad es que la expresion de las pasiones pierde en toda canturía dramática; y la verdad es que las palabras de un drama ha de decirlas un actor. Si el actor es bueno, debe medir el verso como si no lo fuese, despojándole de la inflexion métrica, y dándole el acento natural y propio del sentido: y véase en este caso destruido el verso y destruida la intencion del poeta: el *consonante* entónces queda en la clase de un *dejo* incómodo, y hasta, para un oído delicado, pasa á la de un defecto. En el drama de pasion no busca el espectador la armonía de los versos, sino la novedad y fuerza de los sentimientos; no la variada canturía, sino el contraste de los afectos y el interes de las situaciones. El poeta entónces escribe para el actor que ha de hacernos creer que la fábula que representa es un hecho verdadero que está pasando.

Sirvan de insigne ejemplo de esta verdad los primeros albores de nuestro teatro á principios del siglo XVI. Los *pasos* (estrenas y aguinaldos de los primeros representantes españoles), esos pequeños dramas de tres ó cuatro personas, con una accion muy sencilla, lenguaje castizo, diálogo chistoso y popular, ofrecian no pequeña coyuntura á los actores para hacer ostentacion de sus facultades; porque escritos en una prosa fácil y lozana, podian sacar de las situaciones y de los chistes el mejor partido. Lope de Rueda, segun la expresion de Cervantes, hacia las cuatro figuras de negra, de rufian, de bobo y de vizecaíno con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse: y procuró siempre en los pequeños dramas que escribió, dejar anchuroso campo al actor, rompiendo las trabas que pudiesen impedirle producir todo el efecto conveniente. Y dice el rey de los escritores dramáticos que la prosa familiar hábilmente manejada por Lope de Rueda, abrió á los autores un nuevo camino que no acertaron á seguir. Lope de Rueda escribía tambien el verso con la misma felicidad que la prosa.

¿No seria error gravísimo de un autor, aventurar la gradacion de los matices que marcan la explosion de las pasiones, encadenándose con los rodeos del metro, sujetándose á la multitud de condiciones que requiere el verso, para que lo sea propiamente? ¿Pero que des-

ventajas presenta la prosa española manejada con nervio y valentía? La buena prosa tiene una armonía propia y peculiar que halaga el oído; es dulce y se presta á todos los géneros que se puedan imaginar: y de ello son ejemplos admirables la *Celestina*, *El sí de las niñas* y la *Conjuración de Venecia*. — Veamos con qué blandura se emplea en las escenas de tierno sentimiento.

«*Tristan*. Sube, señor: yo iré contigo, porque no sabemos quien está dentro: hablando están. — *Calisto*. Quedaos, locos, que yo entraré solo que á mi señora oigo. — *Melibea*. Es tu sierva, es tu captiva, es la que mas tu vida que la suya estima. ¡Oh, mi señor! No saltes de tan alto que me moriré en verlo: baja, baja poco á poco por la escala: no vengas con tanta presura. — *Calisto*. ¡Oh angelical imágen!... ¡Oh mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo y no lo creo! Mora en mi persona tanta turbación de placer, que me hace no sentir todo el gozo que poseo.» — «*Melibea*. ¿Es mi señor y mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer. ¿Donde estabas luciente sol? ¿Donde me tenias tu claridad escondida? ¿Había rato que escuchabas?... Todo se goza en este huerto con tu venida. Mira la luna cuan clara se nos muestra ¡las nubes como huyen! Oye la corriente agua de esta fontecica, ¡cuanto mas suave murmurio y ruido lleva por entre las frescas yerbas!» (CELESTINA. Actos 14 y 19).

¿Pueden idearse dos trozos mas lindos de poesía lírica, expresados con mas suavidad, con mas verdad y sencillez? Y por este estilo nos fuera fácil presentar modelos en los demas géneros de sentimiento, si el temor de parecer prolijos no entorpeciese nuestra pluma. Pero permitasenos á lo menos manifestar que solo concedemos alguna exageración, alguna inverosimilitud á la poesía, en el solo caso de tenerse que adaptar á la música, puesto que sirvan para buscar la brillantez y el encanto, como en este bellissimo cono del *Castillo de Lindabridis*:

« A la sombra de un monte eminente,

Que es pira inmortal,

Se desangra un arroyo por venas

De líquida plata é hilado cristal.

Sierpecilla escamada de flores

Intenta correr,

Cuando luego detienen sus pasos

Prisiones suaves de rosa y clavel.

Detenido en los troncos, suspende

El curso veloz;

Y adquiriendo caudales de nieve

Malogra la rosa y tronca la flor.

A la márgen del Nilo furioso

Se arroja á morir;

Y parece su espuma una línea

Que labra dibujos de plata y marfil.»

Fuera de estos casos queremos, con el autor de *El sí de las niñas*, que el drama sea una ficción verosímil, imitada de la vida doméstica, animada con la expresión de los *caractéres y afectos comunes*, complicada por medios naturales, desenlazada con imprevista y fácil solución, y toda ella ingeniosamente dispuesta para enseñar al auditorio verdades útiles, inspirándole horror al vicio y amor á la virtud. Queremos igualmente que el concurso que ha de oír las piezas dramáticas, en fuerza de los buenos modelos que se le ofrezcan, se acostumbre á estimar el mérito de una pieza teatral bien escrita; y para conseguir esto, queremos, con el propio Moratin, que los autores estudien incesantemente la naturaleza, la copien con verdad y propiedad; no mezclen en sus composiciones personajes é incidentes exagerados, fantásticos, imposibles; atropellando los buenos principios de la ficción dramática, cuyo objeto es la imitación de lo que existe, de lo que ha existido y de lo que puede existir entre los hombres.

Himno á la luna.

Pálida antorcha de la noche umbria,
Faro de encanto y de misterios lleno,
Que viertes en las sombras
Los tibios rayos que del sol recibes
Y guardas en tu seno;-
Déjame, luna, que en tu luz bañado,
Rasgada ya la venda
Que avara ciega el pensamiento mio,
Llegue hasta tí y en tu fulgor me encienda.

Y en medio de los globos rutilantes,
Que, cual luciente y mágica aureola,
Tu pura frente ciñen,
Frescas hojas lozanas
Que decoran la púdica viola,
Romper los frenos del dolor pudiera,
Y adormecido en plácidos ensueños
Nuevo destino al porvenir abriera.

De tu pálida luz á los destellos
Que en las azules ondas se reflejan,
Y en su bruñido espejo
Surcos de plata relucientes dejan;

Levanta audaz la inspiracion sus alas
Y el dintel traspasando de este mundo
Rápida cruza las etéreas salas.

Débil juguete yo de las pasiones,
En las horas de fiebre y de amargura
Que en estrechas prisiones
Los dulces ecos del amor sujetan,
Cual nuncio de consuelo,
Al corazon doliente aparecias
Pura y radiante en el tendido cielo.

Y en las lágrimas tristes que brotaban,
Cual lava ardiente, mis nublados ojos,
Tus rayos riñaban,
Ellos la calma al corazon volvian,
Y las sentidas quejas
Que el labio murmuraba
Vagando en el espacio se perdian.

Siempre te amé, lumbrera misteriosa.....
Los vagos sentimientos
Que ocultos en el alma se abrigaron,
De tu luz al influjo poderoso,
Del entusiasmo en alas despertaron,
Y henchida de deseos,
Mi mente en pos de los placeres fuera
Para llorar despues sus devaneos.

Ay! Cuantas veces al arrullo blando
De las tranquilas ondas, que al quebrarse
En las desnudas rocas,
Nevado encaje al parecer dejando,
Mi vista encadenaban,
Tu pálido reflejo me atraia,
Y fugaces las horas deslizaban,
Hasta que en pos de la Citérea Diosa
El alba en el oriente sonreia.

Ay! Cuantas veces, en la verde alfombra
A la orilla del tímido arroyuelo,
Contemplaba tu luz que se retrata
En su corriente pura
Cinta formando de luciente plata,

En tanto que las flores
Blandamente mecia
El aura leve, murmurando amores.

Salve, cándida virgen que en las sombras
Sostienes tu álbeo trono,
Cual vaporosa nube
Ardiendo el alma en entusiasmo y gloria,
A colocarse entre los faros sube
Que tachonan tu fúlgida diadema,
Porque eres á mis ojos
De la inocencia y la virtud emblema.

Allí los lazos del dolor deshechos,
Seca la fuente de mis tristes ojos,
Puras, lozanas brillarán las flores
Sin miseros abrojos;
No en vanos sueños gozará mi mente
Que plácidos halagan,
Fantasmas ay! mentidos
Que al despertar, por el espacio vagan
De la desnuda realidad perdidos.

(Málaga.—Remitido.)

Juan Bautista Sandoval.

PADRE Y JUEZ.



Entre las antiguas costumbres de la Universidad de Tolosa, habia una que continuó hasta el fin del siglo XVIII á pesar de su incoherencia con las de estos últimos tiempos. Cuando la Universidad tenia cierto poder en el Estado, cuando tenia sus derechos, sus privilegios y su jurisdiccion particular, muchas veces se veia obligada á sostener por la fuerza sus pretensiones; teniendo que ocurrir á sus alumnos, en quienes se cuidaba de mantener cierto espíritu de corporacion muy sumiso ante ella, pero altivo, imperioso y turbulento respecto de las otras clases; y con este objeto se les aplicaba y estimulaba á algunos estudios bastante extraños á los que debian solamente absorber su atencion. En efecto todos los años se adjudicaba un premio de esgrima al que era proclamado

vencedor en un asalto que tenía lugar en presencia del parlamento, de los capítulos y de las señoras mas nobles; y por este premio se le concedia al favorecido el derecho de ceñir espada aunque no fuese caballero.

La víspera de este gran día, en el salon de uno de esos viejos palacios que todavía se ven en la ciudad de Tolosa; y ocupando cada uno su gran sillón, se hallaban un hombre de 60 años, delgado y de triste y grave fisonomía; y una mujer como de 40, hermosa aun, de aspecto imperioso y al parecer muy satisfecha de sí misma. Eran el consejero Mr. Delporte y su mujer, antes señorita de Maletroit, cuya pobreza habia obligado á su noble familia á enlazarla con el plebeyo, pero rico consejero.

El marido permanecía silencioso exhalando de vez en cuando algun profundo suspiro; hasta que la noble dama, cansada de su importuno silencio se decidió á romperlo empezando, segun costumbre, por una reconvencion.

— Etais insoportable con ese aire de disgusto; cualquiera que os viese creeria que en efecto os agobia alguna desgracia: vamos ¡que teneis! hace un cuarto de hora que habeis entrado y no me habeis dicho mas que los buenos dias de un momo tan seco.... hablad ¿á qué vienen esos suspiros?

— Estoy muy disgustado, dijo el consejero levantándose.

— Y se puede saber porqué?

— Por vuestro hijo.

— Por mi hijo? por mi buen Enrique? qué caballero hay mas cumplido que él? hablad! — exclamó la consejera con un acento de ternura maternal que precisamente debia desagradar á su marido.

— Si señora, por ese buen Enrique que tiene de todo menos de caballero, contestó gravemente el anciano. Vengo de los exámenes señora, y no hay un procurador, ni uno de mis compañeros cuyo hijo no haya demostrado mas instruccion y estudio que el vuestro: vergüenza he tenido por él, porque se me habia prometido nombrarlo mañana en la distribucion de premios si respondia medianamente, y ha quedado como un ignorante.

— No temais nada, replicó la madre con desdeñosa superioridad, mi hijo obtendrá la única distincion á que aspira, la de llevar la espada de caballero.

— Y para qué le servirá?

— Para probar que corre por sus venas sangre verdaderamente noble.

— Beh! eso no le impedirá ser un noble bestia.

— Un bestia mi hijo! gritó la consejera enfurecida; mi

hijo un bestia!

— Sí, y por causa vuestra.

— Caballero!

— Porque vos sois quien lo ha inducido á la ociosidad y á los desórdenes: él no ha querido ser nada, y nada será.

— Enrique será oficial al servicio del rey, que es lo que yo quiero que sea.

— Eso sería si yo lo consintiera y si él fuera apto para ello.

— En fin yo os prometo que lo vereis mañana con la espada ceñida.

— Y si tropieza con un antagonista?

— No hay un caballero que no reconozca su superioridad.

— Sí, pero los plebeyos no son de esa opinion; yo conozco un hijo de un mercader de paños.....

— Y qué vale el hijo de un mercader? gritó la consejera.... un vendedor de paños!.... y tú qué haces ahí? repuso encolezada, viendo á dos pasos á su hija que parecia escucharla.

— Yo venia á deciros que mi primo Mr. de Maletroit desea veros.

— Porqué no entra?

— Yo no sé, contestó la jóven con embarazo: él me encontró en la sala y me ha detenido para que le diga..... y yo me he escapado para deciros.....

— Nada! interrumpió entrando un oficial de seis piés de alto, vestido de uniforme del regimiento que estaba de guarnicion — Nada! sino que esa chiquilla se asusta por todo..... Buenos dias señor consejero! á vuestros piés mi querida tia! Donde está Enrique?

— Ahora vendrá, contestó madama Delporte.

— Está en los exámenes, añadió el consejero con terquedad.

— Perdiendo su tiempo! exclamó el capitán Maletroit, la víspera de un negocio tan serio! cuando yo venia á darle la última leccion de esgrima, la leccion del triunfo!

— No os apureis, contestó el consejero, su madre asegura que no la necesita.

— Sí, tia, la necesita: Enrique se atropella mucho, es preciso ser vivo; pero tambien atender á la posicion; no sabe desenvolver la accion, oh! cuando yo le haya enseñado este paso, no lo conoceréis.

Y el capitán hizo una demostracion física, como si tuviera el florete en la mano y el enemigo delante.

En este momento entró Enrique: era un jóven hermoso, pero traia pálido el semblante, y aunque venia vestido con elegancia se notaba en él cierto abandono que no parecia natural; des-

pues de saludar á sus padres, dijo al capitán:

— Gracias, primo, pero no te incomodaré por hoy, porque no pienso presentarme mañana en el asalto.

— Porqué? exclamaron á la vez el consejero y la señora.

— No tengo probabilidad de salir bien; y aun cuando la tuviera no lo deseo.

En valde fueron las instancias del capitán y de madama Delporte para arrancar á Enrique la causa de semejante resolución. Su padre, que en sus contestaciones habia notado cierta especie de tristeza y desaliento, encargó á María su hija que le preguntase, esperando que las reflexiones de los otros le hubiesen hecho variar de propósito; pero á pesar de la ternura de Enrique por su hermana, guardó siempre el mismo silencio y solo cuando ella le dijo. — Enrique, algun motivo muy doloroso te impide asistir al asalto! — Contestó él con abatimiento. — Sí, María, muy triste, muy horroroso. —

La mañana siguiente dia del asalto, un criado avisó á Mr. Delporte que su hijo habia salido muy temprano diciendo que iba de caza. La madre esperaba que Enrique no llevaria á cabo su resistencia y que se presentaria en el momento del asalto, y en esta creencia fué acompañada de Mr. de Maletroit y de su hija al salon destinado al efecto, donde ya se hallaba Mr. Delporte en medio de los otros magistrados.

Mientras duraba el acto absorbia la atencion principal la destreza de los combatientes; pero cuando el sostenedor de la liza hubo vencido al último de sus adversarios, todos notaron sorprendidos la falta de Enrique, único á quien consideraban capaz de lograr ventajas sobre el vencedor, que era un jóven llamado Francisco Manies, de hermosa presencia, hijo del mas rico comerciante de paños de Tolosa.

Bien pronto las miradas de todos se fijaron en el sitio que ocupaba la familia Maletroit de donde aguardaban ver salir á Enrique; y el mismo Manies paseándose erguido por delante de ella parecia desafiar á su ausente rival. — El capitán que veia esto como una ofensa impertinente exclamó con tono mas impertinente todavía.

— Si ese tonto no fuera un mercader yo le probaria que aun no lleva bien el florete para llevar una espada.

— Eso podreis verlo cuando la haya recibido, contestó en alta voz el campeón.

— Si es que la recibes, interrumpió en el momento Enrique que acababa de entrar en el palenque.

La llegada repentina de este, produjo una grande sensacion en el concurso que desde luego se prometió un brillante espectáculo.

culo. Sin embargo se notó que Enrique estaba pálido, su semblante fatigado, los vestidos en desórden y hasta rotos, y su mirada en cierto modo distraída; pero á pesar de esto, Francisco Manies considerándolo como un adversario digno de él, tomó un nuevo florete y se preparó al combate que principió inmediatamente. De parte de Manies se observaba prudencia y medida en sus pasos y jugadas, y al contrario Enrique, todo era ceguedad y precipitacion, lo cual hubiera resultado muy pronto en beneficio de aquel si Enrique no hubiera caído de repente desmayado. En el momento se creyó que habria saltado el boton del florete del contrario y que se hallaba gravemente herido; pero luego se vió que era un parasismo que lo privaba de todas sus fuerzas, y que en varias partes del cuerpo tenia heridas vendadas, de donde brotaba la sangre impulsada sin duda por la agitacion de la nueva lucha: fué necesario terminar el acto conduciendo á Enrique á su casa. —

Francisco Manies obtuvo el premio y la espada de caballero á pesar de las reclamaciones de Mr. de Maletroit, que furioso con la decision resolvió vengarse en el jóven mercader.

Así es que al retirarse este á su casa acompañado de su padre y amigos, el capitan con tono de burla le dirigió entre otras ironías las palabras siguientes.

— ¿Es una vara de medir con puño de espada?

— Es una espada, gritó Manies.

— Pero no tan larga como este junco, repuso el militar amenazándole con su baston.

— Es lo bastante para atravesaros el corazon, dijo el jóven tirando de ella.

— Eso querria yo verlo.

El lance fué tan público que no habia necesidad siquiera de buscar otro sitio, de modo que sacando el capitan la espada se acometieron furiosamente en presencia de todos y del mismo padre de Francisco, que tuvo que ser testigo de aquel horroroso espectáculo. Pero su ansiedad no fué larga pues al tercer golpe el capitan cayó á tierra con el corazon atravesado de una estocada. Los amigos de Manies aprovecharon el tumulto y lograron arrancarlo de aquel sitio llevándose lo oculto antes que la justicia pudiera ocurrir en busca del homicida; y Mr. de Manies se dirigió inmediatamente hácia el tribunal á hacer relacion de lo ocurrido entre su hijo y el gentil hombre. Pero los primeros magistrados se hallaban todavia en el festin y solo Mr. Delporte estaba en su casa por el cuidado que le causaba la situacion de Enrique. A ella se dirigió Mr. de Manies acompañado de varios testigos y de un asesor que era lo bastante con

el consejero para formar el tribunal!

En la casa de Mr. Delporte reinaba el mayor desorden á causa del grave estado de Enrique, cuyas heridas aun no habian cesado de verter copiosa sangre, cuando entró el tumulto que seguia á Mr. Manies pidiendo audiencia al consejero. Madama Delporte al ver á su marido disponerse para el ejercicio de su magistratura salió á detenerlo gritando desaforadamente.

— Este no es tiempo de tribunal, vuestro hijo se muere y nada debe distraer vuestra atencion.

El consejero palideció á estas palabras; pero volviendo á su gravedad natural, contestó:

— Id á asistirle, que yo tengo que recibir una deposicion de Mr. Manies.

— De Mr. Manies, gritó ella, del padre de ese insolente que se ha aprovechado de que mi hijo habia sido destrozado por un lobo para pretender una espada que no es capaz de llevar?

— Si es capaz ó no, lo prueba vuestro sobrino Mr. de Maletróit que no la llevará mas, repuso Mr. Manies con acento im-
pasible.

Esta nueva desgracia acabó de enfurecer á madama Delporte contra el mercader á quien llenó de injurias y amenazas de venganza por la muerte del capitán. Si Mr. Delporte hubiera sido un hombre susceptible de dejarse dominar por alguna influencia, el encarnizamiento y escandalosa insolencia de su mujer lo habrian sin duda inclinado en favor de Francisco; pero la publicidad del duelo, la muerte de un gentil hombre, y sobre todo su severidad inflexible y reconocida generalmente, obligaron al magistrado á declarar á Mr. Manies que su hijo seria perseguido con todo el rigor de la ley. El mercader se retiró desesperado, y el consejero volvió al lado de su hijo á quien no habia tenido tiempo de interrogar sobre su situacion. Enrique estaba algo mas tranquilo y contestó que hallándose en el bosque cazando habia sido acometido por un lobo á tiempo que tenia su escopeta descargada, sin que hubiese podido libertarse del furioso animal sino despues de haber recibido las heridas de que estaba cubierto su cuerpo.

Esta historia no pareció satisfacer á Mr. Delporte aunque en el primer instante dió muestras de credulidad; porque pasado un rato hizo alejar á todos de la habitacion de su hijo y permaneció encerrado con él hasta el anochecer, en que se le avisó que dos hombres querian hablarle con empeño. Eran Mr. Manies y su hijo Francisco: cuando el consejero los vió no pudo contener una exclamacion de sorpresa, y la palidez de su semblante hizo traicion á la serenidad que queria aparentar. Su

primer movimiento fué retroceder, pero Mr. Manies agarrándole por el brazo le dijo con altivez:

— Señor consejero, mi oficio es vender y el vuestro hacer justicia; yo vengo á reclamarla de vos.

— Señores, contestó Mr. Delporte, voy á la habitacion de mi hijo por diez minutos; permaneced aquí si quereis, ó hacedme la gracia de volver; y saliendo de la pieza en que estaban se fué á la inmediata á espiar si entre el padre y el hijo habia alguna conversacion; pero nada se oyó.

Luego entrando con semblante abatido y trémulos pasos dijo dirigiéndose á los dos:

— No habeis querido comprenderme, pues bien, que se cumpla la voluntad de Dios; y se sentó.

— Que se cumpla! contestó Mr. Manies con aire de triunfo. Señor consejero, vos habeis sido justo hoy con mi hijo declarándolo criminal, y aquí lo traigo para que sufra su castigo; pero no es su crimen el único que se ha cometido hoy en Tolosa. Mientras yo estaba en el asalto con toda mi familia y mi casa cerrada, un ladron ha escalado la pared que la separa de una vuestra que se halla desocupada, y forzando las puertas y mi caja, me ha robado mil luises de oro que habia en ella. Sin embargo, el ladron no ha sido tan afortunado, pues ha tenido que luchar con un formidable perro que habia yo dejado suelto, y las trizas de sus vestidos; y la sangre que en el suelo y en la boca del animal se ha encontrado, dan á conocer quien es él, y el estado en que debe hallarse: si estas pruebas no bastasen aquí teneis esta pistola que en su fuga ha olvidado el delincuente.

— Eso es todo? repuso Mr. Delporte.

— Lo bastante para formar la acusacion contra..... y el mercader se detuvo.

— Contra mi hijo: añadió el consejero con frialdad.

— Mr. Manies quedó petrificado con la pistola en la mano.

— Y esa arma está cargada? preguntó el consejero.

— Si señor.

— Muy bien, dádmela, dijo el juez y tirando del cordon de una campanilla, la entregó al criado añadiendo con la mayor indiferencia:

— Preguntad á mi hijo si reconoce por suya esta pistola.

Mr. Manies que se habia imaginado que el consejero iba á negar la acusacion y que en el curso de la conferencia lograria una promesa para salvar á Francisco, empezó á temblar y dijo tartamudeando:

— Pero, señor consejero, eso no era lo que yo esperaba.....

— Qué esperábais ?

— Yo creía..... que por vuestro propio honor..... por vuestro hijo.....

— Qué esperábais ? no habeis tenido mi puerta franca mas de un cuarto de hora ?

— Bien..... yo retiro mi acusacion..... dejadnos marchar....

El consejero pareció dudar un instante pero el criado entró en esto y dijo :

— Mr. Enrique reconoce por suya la pistola que le he entregado.

A estas palabras siguió un momento de horroroso silencio.

— Ya veis , exclamó Mr. Manies , que yo tenia derecho de esperar

El estallido de un tiro interrumpió al mercader.

— Vos teneis derecho de esperar justicia , repuso gravemente el consejero : dos delitos se han cometido hoy en Tolosa , el uno está ya castigado , el otro lo será muy pronto.

Inmediatamente los gritos de la familia hicieron saber que Enrique se habia saltado el cráneo de un pistoletazo ; y quince dias despues Francisco Manies fué ahorcado como matador de Mr. de Maletroit.

A.....

ROMANCE.

No estés por Dios á mis quejas

Insensible , bella ingrata,

Ni desoigas mis suspiros,

Que son suspiros del alma.

Mira que mi amor no es humo

Que va á perderse en el aura,

Ni es flor que nace en la aurora

Y perece en la mañana.

Mira que acechan traidores

Tu hermosura , y no es hidalga

La condicion del que adula

Fingiendo amorosa llama.

Verdad es mi amor , y juro

Que el pecho por tí se abrasa

Desde el punto en que tus ojos

Con su luz le iluminaran.

Constante soy cual ninguno;

No temas en mi mudanza,

Que extinguir mi amor no puede

Ni el tiempo ni la distancia.

Lisonjero no lo soy,

Ni es bien que lisonjas haya

Para ensalzar á una bella

De hermosura sobrehumana:

Pues al ver tanto atractivo,

Cualquiera que lo admirara

Crejera pobre y mezquina

Toda cortés alabanza.

Escucha pues mis clamores,

No estés sorda á mis plegarias,

Y acoge al fin mis suspiros,

Que son suspiros del alma!

MODAS.



ifícil es por cierto fijar el carácter de las modas, en Granada particularmente, donde la diversidad de gustos para adoptarlas hace imposible el dar una idea general sobre ellas. Así, nos limitaremos á describir las poquísimas que hemos visto este invierno en las sociedades.

Los vestidos mas elegantes para sociedad son de telas fuertes y colores claros, prefiriéndose entre estos el celeste y rosa. Se adornan generalmente con grandes guarniciones de blondas de punto cuadrado, blancas ó negras. El cuerpo de peto con drapperie y manga corta muy ceñida. Los adornos de cabeza muy caídos, no son de la mayor elegancia. Hemos visto algunos con cintas y marabús sumamente ligeros y graciosos.

Los trajes para señoritas son de una extremada sencillez. Están muy en boga los vestidos de muselina de la India con tres volantes guarnecidos de puntilla de encaje. Las jóvenes del mejor tono prefieren en estos vestidos la hechura griega á la de corazon, y las mangas un poco anchas á las ceñidas. Los cinturones con caídas hacen muy buen efecto, teniendo el mismo color de la guirnalda que se lleva en la cabeza.

En los peinados hay alguna variación. Empiezan á generalizarse los tirabuzones, y á sustituir á las agujas unas peinetas doradas con borlas en las extremidades que caen hasta el cuello, y hacen un efecto elegantísimo.

Aunque algunas señoritas han querido poner en moda las mantillitas de tul con flores debajo, nos parece un adorno poco bonito, y nada propio para soltera.

En los trajes de paseo hay poca variedad. Los mas fashionables que hemos visto, han sido los vestidos de terciopelo con botones y caireles en el peto. Las capotas á la inglesa, de raso y gro de Africa, con flores tambien de terciopelo ó con una pluma, son del mejor gusto.

Los barés escoceses son muy elegantes para vestidos, y creemos que una falda de esta tela, canesú de muselina con mangas, chal de gro de Nápoles, * y sombreros de paja de Italia con cintas de gro labradas, * * formaria una escogida toilette de verano.

” Ó PICO Ó NO PICO ”



Me decia yo uno de estos dias, paseándome por el salon, donde tanta cosa buena habia que picar: si no he de picar arrojemos este aguijon, que puede como á muchos hacerme parecer mas malo de lo que soy, antes que me descubran y me hagan lo que las ranas con el rey de palo; y si he de picar, aquí de las mias, y vengan cuantos rascadores de tripas han nacido desde el santo rascador David; y hagamos en caliente una bien-aventuranza, con su música y sus angelitos, que se chupen los dedos y bailen de contento los que yo prenda en mi telaraña.

Pues señores piquemos y á la danza.

Y diciendo y haciendo, me encaramé de un brinco en uno de esos cajones grandes y embetunados que aquí llaman coches, y que cualquiera creeria alguna tumba ambulante del don Juan de Marana, si no llevara dentro los que debian ir tirando de él, y por delante dos paralíticos mulos guiados por un cocinero mas mulo todavia, en gran toalet de lacayo. *Aurea mediocritas!* exclamé yo, metiéndome por una claraboya del tal coche-tumba, esta es la gente que me conviene! Oh divino Heráclito! El hombre verdaderamente dichoso es aquel que cree serlo: la gloria es humo, la ambicion locura, la avaricia un crimen; *aurea mediocritas!* Aquí no hay gloria, ni ambicion, ni avaricia: es preciso comer para vivir y no vivir para comer! Pasear para tomar el aire y ayudar la digestion. — Sí señor mi gente es gente vividora, apetitosa, digestiva, cuanto puede serlo un matrimonio clásico y panzudo, es decir; dos vientres-fábricas, con sus horas señaladas desde hace treinta años, su brasero, su rosario y su cama, con sus chinches y su polvo de tabaco esparcido por la almohada... ¡pero porque picarles á estos querubines de cabeza plateada, á este pobre lacayo perfumado de ajo, y á estos eternos mulos, de quienes tal vez diria Pitágoras que no siempre anduvieron en cuatro piés?

—Pues bien, heme aquí en otra parte. — Veis aquel par de damas y

* Almacen de Morales. Alcaicería.

* * Modista del Zacatin.

tres galanes de un lado y tres del otro, y un niño por delante y un pobre hombre por detras? Una de ellas... pero no, quede para luego: la otra, oh! la otra es Vicentita: chiquitilla, abispadita, de pié ligero y de blanca mano, una abejita con mucha miel y con un aguijoncillo no menos dulce y no menos punzante.—Encantadora abejita, y encantadora miel, que penetra en el corazon del que vea en sus ojos otro corazon! Gracias á esa miel, y gracias á ese modo de ver, Vicentita lleva seis mariposones al rededor de su dulce cáliz, seis almidonados galanes que se gozan en sus ojos y á quienes ella embelesa, aletarga y engaña á un tiempo mismo: uno que ha sido su amante, otro el que va ya de despedida, el tercero que lo es actualmente, el cuarto que lo va á ser, el quinto que se duda si llegará á serlo y el sexto que no lo será jamas; y esto sin contar al marido que nunca lo fué; porque los maridos en semejante aritmética son ceros, que nada valen sino por el lugar que ocupan.

Se ha dicho que la mujer es tan difícil de conocer que ni ella misma se conoce. ¡Oh lo que es Vicentita si no se conoce á sí propia, bien conoce á los demas! ¡Los hombres del dia valen tan poco que es preciso tomar media docena lo menos para creer una que tiene algo! Máxima mujeril.

—¡Paso al sabio! al literato, al profesor! todo es modestia, humildad, pudor! su obra no es mas que ínfima imitacion de la vuestra! su artículo una advertencia vuestra, su poesia un pensamiento vuestro! Todo lo suyo vale algo por vuestro favor.... esto dice él; pero meted la mano dentro de su pecho.

Si no habeis leído su última composicion, os aborrece.

Si la leisteis y no lo felicitais, os aborrece.

Si lo felicitais y no le colocais entre los grandes genios, os aborrece.

Si le colocais entre Calderon, Lope de Vega, Tirso y Alarcon, y olvidais á Moratin, os aborrece.... y sin embargo todo es modestia, humildad, pudor!

—Parece que cierto galan desde que se estuvo ahogando en la caleta de Cádiz se ha quedado con el vicio de manotear hácia arriba.

—Señor galan! deje V. la telarañas, mire V. que por las bambalinas anda la tarántula!

—Que tal figura haria la tarántula sobre las narices de un gracioso? Vayan unas narices sin gracia! y vaya un gracioso sin narices!

—Ahora si que me ha picado! ay que ojitos! que me toquen el bole-ro y que venga la bolera! ay que ojitos tan boleros! olé! que bolera y que ojitos!

—Puntos de contacto entre los grandes hombres.

Dionisio de Siracusa llevaba siempre una espada pendiente sobre su cabeza, el capitan Blas Perez lleva sobre la suya un enjambre de abispas, con la diferencia de que el tirano se aguantaba como un chico; y el capitan se las espanta á las mil maravillas.